

Don Perro de Mendoza

Vicente Muleiro

Ilustraciones de Douglas Wright

loqueleo

A Melina y Joaquín

Lo que son las cosas: alguien me preguntó si me animaba a escribir cuentos ambientados en ciertos momentos de la historia argentina para incluirlos en un libro destinado a los chicos. Acepté el desafío porque escribir es lo que más me gusta, porque me interesa la historia y (para qué mentir) porque encima me pagaban. Con esas buenas razones me puse a estudiar los episodios del pasado argentino que importaban a mis editores. Y bien, de cierto miedo por cómo me iban a salir las cosas, pasé a otra sensación: la de divertirme, tanto con el repaso de la historia como con la creación de tramas y de personajes. Fue así que no sólo escribí los relatos que me habían encargado. De puro entusiasmo me pasé de largo. ¿Por qué no escribir un libro entero, un libro que abarcara algunos de los principales hechos que tuvieron que ver con el país donde nací, eh?

Entonces seguí repasando historia e imaginando historias. La vida de la Argentina es breve

pero muy intensa: está llena de gente que quiere hacer cosas y anda, inventa, estudia, se pelea. Eso me ayudó para imaginar situaciones siempre con base en una realidad documentada.

Ahora que terminé este libro, lo repaso: va desde la América indígena hasta la existencia de un país que sigue dando que hablar y que escribir. Y me digo, bueno, así como se sueña con el futuro, yo escribí estos relatos para soñar con mi pasado, con quienes estuvieron antes haciendo líos y teniendo aventuras en esta tierra que nos ha sido dada para vivir.

Para quienes quieran saber cómo es esto de acudir a la imaginación apoyándose en hechos concretos del pasado, les digo que los cuentos y la historia son dos asuntos distintos que tienen un punto en común: en los dos casos se narra algo. En los cuentos es clave la imaginación del autor; en la historia, el registro fiel de hechos pasados. Yo tomé las dos cosas y las batí en la licuadora de mi cabeza.

De esa mezcla salieron estas historias de la historia: un licuado de verdades y de fantasías.

Para entender más los hechos y/o los períodos históricos concretos en los que se basan los cuentos, están brevemente sintetizados al final de cada relato.

JUEGOS DE LA SELVA

—Yo era el Yaguareté Abá, ¿dale? —dijo Jakaira apurado.

—No, yo —protestó su amigo Guayra—. Porque, al final, siempre que jugamos a los monstruos, vos sos el Yaguareté Abá. Y yo sé por qué. Porque es una bestia que se agarra para él a las chicas más lindas y lo que vos querés es atrapar a Mará porque Mará te gusta. Pero esta vez, el monstruo voy a ser yo.

Corría la hora de la siesta en un claro de la selva. Los dos amigos se alejaban de su tribu mbyá y esperaban que llegase Mará a unirse con ellos. Habían pasado muchas tardes jugando a los monstruos. Guayra hacía de Pombero, el duende petiso protector de las aves, y los otros dos tenían que cazar pájaros sin dejarse atrapar. También se habían divertido en el río cuando Jakaira, que era un gran nadador, imitaba al Pira Nú, un pez negro

e inmenso con cabeza de caballo que hacía desaparecer a los nadadores. Jakaira tomaba a Mará y a Guayra por los pies y ellos chapoteaban para soltarse. Lo que más le gustaba a Mará era hacer de Caa Yará y transformarse en planta. Se cubría con ramas y flores que arrancaba en la selva y se convertía en una hermosísima niña-arbusto.

Durante años, a Guayra no le había importado que Jakaira hiciera siempre de Yaguareté Abá; después de todo, ese monstruo era un tigre con cara, pies y manos de persona, temido y odiado en la tribu por su manía de cazar hombres y devorárselos y su costumbre de perseguir a las mujeres lindas. Tampoco lo había preocupado demasiado que cuando jugaba a ser el Pombero, Jakaira y Mará corrieran y se escondieran juntos en la floresta. Pero últimamente se esforzaba más por perseguirlos, encontrarlos y separarlos.

Cuando Mará llegó al claro, los dos amigos discutían. Guayra amenazó con volverse a la tribu y no jugar más si esta vez no podía ser él el Yaguareté Abá.

—No seas el Yaguareté —dijo Mará—. Me gustaría que fueras el que me defiende del Yaguareté.

Guayra abrió grande los ojos. Supo que si rechazaba esa propuesta quedaría como un cobarde ante ella. Jakaira sonrió porque era un año mayor que su amigo y se sabía más fuerte. Lo derrotaría en una lucha cuerpo a cuerpo y después atraparía a Mará.

—Tenés que darnos tiempo para escondernos —dijo Mará.

—Todo el tiempo que quieran —respondió Jakaira.

Mará y Guayra desaparecieron en el bosque.

—Corramos más rápido —dijo Guayra—, vamos a una cueva que yo conozco.

—No hace falta —lo animó Mará—, tengo otra idea. Ahora lo único que tenés que hacer es ayudarme a buscar ramas y lianas. Y después quedarte quieto con los brazos bien abiertos.

Juntos desataron enredaderas que rodeaban a los árboles y armaron una pequeña montaña de brotes y de follaje. Después Guayra extendió sus brazos como si estuviera en una cruz. Mará le fue cubriendo todo el cuerpo con las lianas y sobre ellas colocó ramas y ramitas. Lo cubrió de tal modo que terminó convirtiéndolo en algo parecido a un hombre-árbol.

—Yo me escondo detrás de aquel tronco —dijo Mará—. Cuando aparezca Jakaira gritá con voz gruesa y agité los brazos.

Guayra entendió el propósito de su amiga. Lo había transformado en un Petey, ese fantasmón de la selva que defendía a los animales de los hombres cazadores.

Al rato Jakaira apareció por el sendero. Caminaba casi agachado, dando grandes zancadas y ponía cara de monstruo rabioso. También gruñía y movía sus manos como si tuviera las garras de una fiera. Cuando Guayra lo tuvo adelante, agitó los brazos y lanzó un quejido gutural:

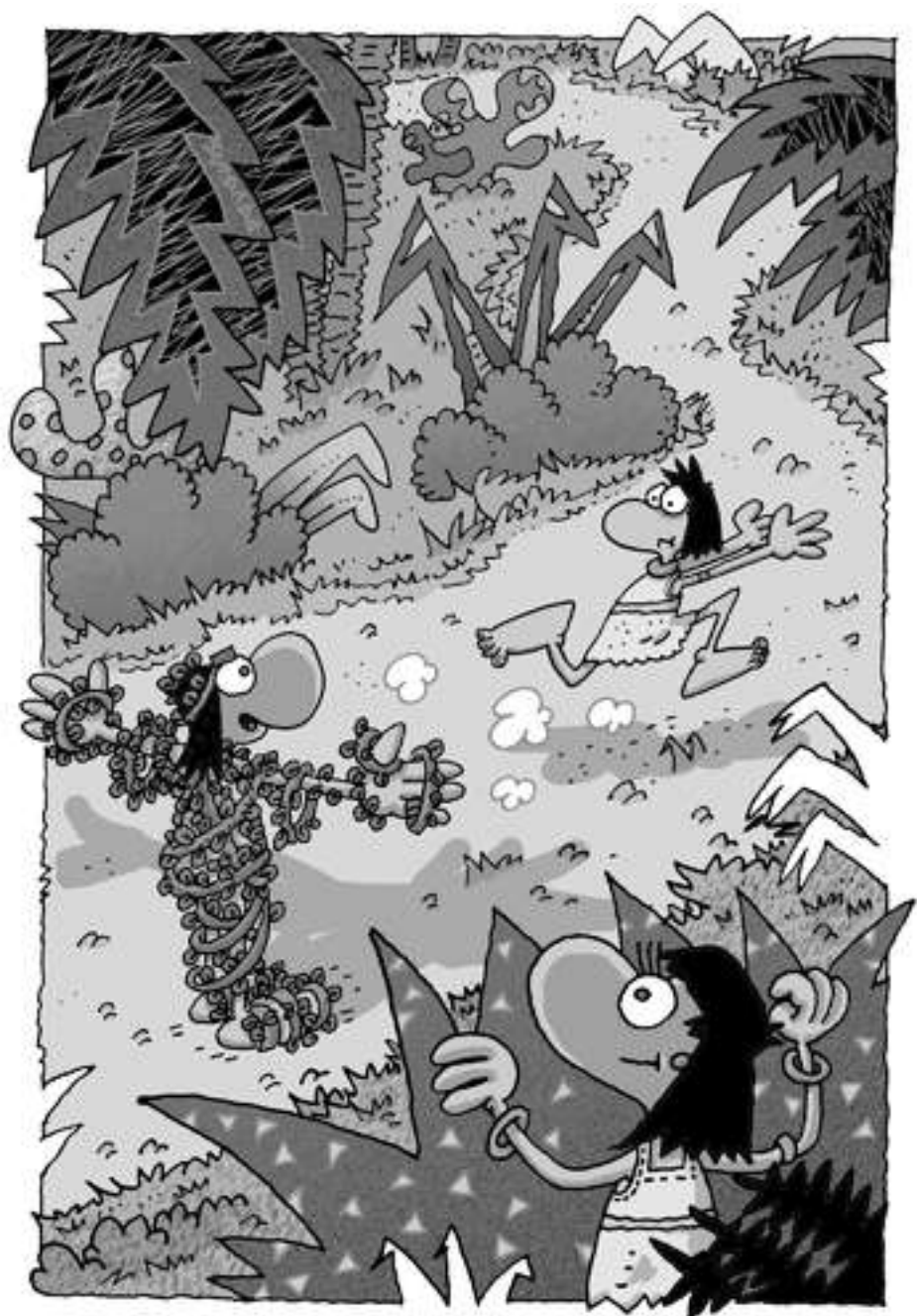
—¡Uuuuugggrrrr! ¡Uuuuugggrrrr!

Jakaira se estremeció de pánico. Gritó:

—¡No soy un cazador! ¡Te juro que no soy un cazador!

Guayra adelantó un lento paso vegetal para asustarlo un poco más y justo cuando Jakaira se daba vuelta para salir corriendo, entre las matas asomó la cabeza y después el cuerpo macizo y amenazante de un verdadero Yaguareté.

Hubo unos segundos de parálisis: Jakaira se hizo una bola en el piso aguardando un destino fatal. Guayra temblaba disfrazado de Petey. Mará



se había pegado contra el tronco del árbol cuidando que el Yaguareté no la viera. El Yaguareté se agazapó para saltar sobre Jakaira, pero cuando vio al Petey vaciló.

Entonces el Petey se agachó sobre su amigo y le susurró:

—No te asustes. Soy yo, Guayra.

Y Guayra hizo como que se estaba comiendo a Jakaira. El Yaguareté olisqueó al Petey y le dio un lento lamido de agradecimiento. Después se alejó despacio y tranquilo por la espesura.

Todos los animales de la selva guaraní aman al Petey.